

Un Macondo criollo y olvidado

Por NELSON OSORIO

Ya tenemos una Editorial y del Estado y muchas esperanzas en ella para nuestro desarrollo cultural. Siendo tantas las cosas por hacer, no será fácil la tarea. Tengo fe, sin embargo, en que una de ellas sea la de rescatar y reanimar valores que la cultura oficial y establecida ignoran.

Se me ocurre, por ejemplo, el caso de Juan Emar. No son muchos los lectores que lo conocen. Y por ello, no son muchos los que conocen esa mítica ciudad de San Agustín de Tango, 831.607 habitantes, junto al río Santa Bárbara, a 32 grados de latitud sur y 2 de longitud oeste.

En San Agustín de Tango hay muchas cosas extrañas y curiosas. Las calles, por ejemplo. Se llaman El señor es Contigo, Corderito Pascual, La Tiara, etc. Hay una taberna donde usted puede beberse un tito y se llama Taberna de los Descalzos. Y si es hombre de ideas avanzadas, puede ir al Club Cero, que es el Centro Marxista de la ciudad, ubicada entre las calles El Cielo Que Me Tienes Prometido y El Infierno Tan Temido.

Para quienes rompen algunas de las formas de convivencia establecida está la Prisión Legal. Allí esperan ser juzgados por los Tribunales Ordinarios. Pero si lo abuelven, de todas maneras la cosa no termina allí: puede que a la salida le guarde una pareja de sacristanes y lo lleven detenido a la Cárcel Católica. Y al menor asomo de delito, puede llegar hasta ser guillotinado en la plaza pública.

Pero San Agustín de Tango tiene muchas otras cosas. Un Zoológico con animales realmente complicados y misteriosos, un restaurant elegante, el Restaurant de la Basílica, en la plazoleta de El Señor es Contigo; hay también una extraña institución: la ULPIF (Unión Laboratorista pro Inmenso Futuro); cuyas actividades no quedan nunca muy claras pero sí queda en claro que reúne a los mejores cerebros en la labranza del futuro de San Agustín de Tango.

Juan Emar ha creado ese mundo regocijante. Entre burlas y veras, hay en su obra una desenfadada irrisión de la tonlogravedad de las costumbres burguesas, de la cultura oficial y de los próceres de turno. Por eso es que esta misma cultura oficial lo tiene atavesado en la garganta.

Sistemáticamente excluido de los manuales literarios, indigerible para los cristicastros de turno, demasiado desaliñado para los encorbatados profesores, se le soluciona ignorándolo.

Y casi lo han logrado. Si pensamos que el espacio mítico que inaugura Juan Emar bien podría ponerse en relación con el configurado por García Márquez, veremos la gravedad de la omisión. Macondo y San Agustín de Tango. Dos cristales míticos para apuntar a la realidad. Pero mientras Macondo resuena en todo el mundo, San Agustín de Tango no pasa de ser patrimonio de un pequeño club marginado y extraoficial dentro de nuestra cultura.

Por cosas como éstas es que me alegra la creación de la Editorial del Estado.

Y no lo digo sólo por el caso de Juan Emar. Es que nuestra burguesía criolla ha creado, siguiendo sus gustos, un sistema de valores y nombres cumbres en el literario; y estos han sido impuestos como LOS valores nacionales en la enseñanza, las historias literarias y la publicidad. La verdad es que no hemos sometido este criterio a discusión. Una clase, a través de sus críticos y publicistas, nos ha impuesto sus gustos, preferencias y rechazos, y nosotros tendemos a aceptarlo sin

mayor cuestión. Revisar la llamada cultura oficial es tarea de la nueva generación.

Por ello es que pienso que la Editorial del Estado debiera contribuir a romper esta programación heredada. Por lo menos, contribuir a rescatar y reanimar valores que la cultura oficial y establecida ignoran.